LA ORTOGRAFIA DE LAS "CONCHERIAS"

Dr. Oscar Chavarría Aguilar

Tarde o temprano todo aquel escritor que pretenda reflejar en su obra un habla que difiere de la acostumbrada tiene que enfrentar las limitaciones de la ortografía convencional, y la falta de convención en su uso inconvencional. Aparte de sus propios conocimientos de los usos lingüísticos del caso – ¡o la falta de ellos! – su mayor obstáculo en cuanto a la fonología no usual lo constituyen las reglas establecidas de nuestro sistema gráfico. Dice al propósito Víctor Manuel Arroyo,

> *"Las limitaciones del escritor en su empeño de reproducir fielmente el habla popular son casi inmesurables. Al considerar la dimensión de esas dificultades se llega a la admiración por los logros que algunos escritores alcanzan, valiéndose de medios necesariamente precarios. Es una especie de milagro conseguir, con tan pobres recursos, la reproducción viva y sin graves adulteraciones del habla popular... El sistema fonémico tiene un medio de representación muy deficiente en los alfabetos..."* [1]

y el sistema fonético un medio de representación mucho más deficiente aún.

El buen escritor es casi siempre un admirable lingüista nato, pero poco le interesa, como de más a su obra, la exactitud científica lingüística como tal en la transcripción del habla no convencional. Su intención primordial es la de crear un ambiente, un efecto literario, y para ello se sirve de sus propias impresiones y observaciones lingüísticas, de su sentido del habla y de la relación habla: grafía. Logra así por regla general superar las limitaciones de la grafía tradicional, y hasta las explota ingeniosamente para su ventaja. El mal escritor, en cambio, a nadie engaña con su habla 'popular' confeccionada de la nada.

Pero, ¿qué es esa habla popular? ¿De qué pueblo o pueblos? Y, ¿habla popular distinta del habla ... qué? ¿La no popular? ¿Cómo se define esa habla a la cual constantemente oponemos la popular y a la cual no logramos dar nombre?

En toda sociedad, en todo tiempo, los niveles y variedades de habla son numerosos y de una relación muy compleja entre sí, pudiéndose observar por lo general más de una forma de habla en un solo hablante –a veces casi simultáneas. Para los hablantes de un idioma determinado, salvo una escasísima minoría, el aprecio de estas variedades idiomáticas y de su dinámica suele ser vago, impresionista y anecdótico. La oposición habla popular: habla x se siente, se reconoce hasta cierto punto e imprecisamente, pero es rara la persona que la pueda concretar. "Esto, parodiando a Aquileo, pasa en todas partes/pero más en Costa Rica." Y si no más, al menos no menos. La verdad es que poseemos muy escasos datos confiables, por no decir científi

cos, sobre cómo hablamos los costarricenses, tanto los de habla popular, como los de habla x, como los de hablas que no son ni la una ni la otra.

Sin embargo si hemos de apreciar la obra de Aquileo– y junto con ésta, las de Magón y de Arturo Agüero Chaves, quienes forman con Aquileo el triumvirato de nuestro costumbrismo tico– no nos queda más remedio que adentrarnos, hasta donde podamos con escasos recursos, y solamente hasta donde sea necesario para iluminar dicha obra, en la dialectología costarricense con sus matices socioeconómicos concomitantes. Porque me parece patente que la dialectología de las *Concherías* no es de carácter ni regional ni de generaciones. Las diferencias fundamentales de habla que entraña la obra maestra de Aquileo son las que distinguen nuestra gente 'lebuda' de la 'descalsa'; las que caracterizan por un lado al tico urbano, de clase económica más que acomodada, y de considerable formación académica formal, y por el otro, al campesino llano e ingenuo, de escasos (o de ningunos) logros en materia de instrucción formal[2], y menos pretensiones a ellos. (Que existen otras clases sociales, otras posibles clasificaciones dialectales, se admite libremente, pero no vienen al caso presente.) El 'lebudo' suele ser entre nosotros persona bidialectal, pues domina y tiene conciencia de más de una forma de su idioma; distinción primerísima: la escrita de la hablada, y de ésta sus variantes formal e informal o *allegro*. El campesino, por su parte, suele ser monodialectal[3]; tiene éste por lo general muy poca conciencia de formas del idioma diferentes a la suya, la cual es más que nada hablada. En él no influyen, o influyen muy poco, las normas que rigen el idioma escrito, el cual constituye el modelo para el habla formal de su compatriota de leva.

Veamos entonces, brevemente y a grandes rasgos, cuáles son algunas de las diferencias que parecen distinguir uno de nuestros dos grupos del otro –a la gente 'descalsa' de la 'lebuda'[4]. Tomamos, más o menos arbitrariamente, como base de nuestra breve encuesta el habla formal del levudo, o sea, el habla de los libros, del aula escolar, cosa que por cierto está implícita en las *Concherías*. Nótese, por ejemplo, que cuando en las partes narrativas de éstas Aquileo emplea una expresión *concha* la pone siempre entre comillas: "Con dos 'cuetones' anuncian la salida de la iglesia . . . " (Boda campestre), etc. Es decir, es el habla del campesino la que se distingue, se destaca; de manera que nuestra selección de base no parece tan arbitraria.

Las diferencias de léxico y de morfosintaxis entre los dos grupos que nos ocupan son las más obvias y las que más fácilmente se prestan a la caracterización literaria del hablante. Entre éstas, los arcaísmos pertenecen casi exclusivamente en nuestro medio al habla campesina. (Dicho sea de paso, en los más de los pueblos, el habla del poco o no letrado suele ser arcaizante.) Voces como *asina, mesmo, dende, mantres, medecina,* por ejemplo, rara vez se oyen en otra boca que la del campesino.

Rústicos también son los verbos *reparar* y *espiar* (también *ispiar)* con el sentido de 'ver', 'mirar', y el verbo *mercar*. Lo mismo puede decirse de la colocación al final del complejo verbo+enclítico del morfema que marca plural, i.e., *pídamen,* su repetición, *alcánsensen*, y su redundancia, *socarsen.* Sirven también para caracterizar a nuestra gente de campo la simplificación de ciertos grupos consonánticos en el inf+enclítico, *decile* (decirle), *contale* (contarle), *vela* (verla), *desapartalos* (apartarlos), *amarrase* (amarrarse), y tantísimos más; también el uso de los verbos 'ir', 'coger' y 'decir' como auxiliares sin sentido en sí, o con muy poco: *y juí y me tomé dos tragos* (me tomé dos tragos), *cogió y se fue* (se fue), *dijo a correr* (corrió o comenzó a correr) y, para citar sólo un ejemplo más, la asimilación de verbos de la segunda conjugación a la primera en el pretérito imperfecto: *traiba* (traía), *caiba* (caía), *leiba* (leía), etc.

Pueden considerarse también formas netamente campesinas giros como, por ejemplo, *más peor, más mejor, muy tristísimo;* el pronombre 'usted' (más bien *usté*) como pronombre impersonal: *y usté sale a Santa Bárbara/y usté se las manda abrir al Barrial o la Pitaya* . . . (La firmita); la generalización de la forma *yo* del pronombre de la primera persona singular: *a yo naide me'asariao* (Mercando leña), *se vienen con yo* (Instantáneas).

Podríamos notar aún más y diferentes usos del léxico y de morfosintaxis peculiares al campesino de Costa Rica, pero creo que para nuestro propósito las formas arriba citadas bastarán.

Es en la fonología de formas dialectales –es decir de aquellas formas que se apartan de la base que antes dejáramos por sentada– donde más problemas aguardan al escritor, como ya lo notara Arroyo, donde hay menos consenso y convención, y en donde se notan mayores inconsistencias, hasta en un mismo autor.

Cabe notar aquí, de una vez, que hay ciertas convenciones literarias de trascripción entre nuestros escritores que no nos interesan; pues aunque éstas suelen caracterizar casi exclusivamente a gente 'descalsa' (ver más adelante), en realidad representan aspectos comunes al habla normal y corriente de todos los ticos– del habla diaria (y única) del campesino, y del habla *allegro* del 'lebudo'. Me refiero más que nada a la reducción o alteración, trascrita de varias maneras, de grupos vocálicos: [bá β ér] *va'ber, va a haber;* [mixíto], m'hijito, mi hijito; [kes] qu'es que es; [gwárǫaténas], *guaro'Atenas*, guaro a Atenas *(a trése un trago de guaro a Atenas*, Un hermano); [káremursiéla ϒ o] [trómpečáncho] *car'e murciélago, trompechancho*, cara de murciélago, trompa de chancho[5]; [lótra], *l'otra*, la otra. En esta misma categoría encontramos también, entre otras, las grafías *usté, ciudá, mercé*, etc., que aunque en la literatura aparecen casi siempre como de habla campesina, representan también fonetismos del habla *allegro* del tico de leva.

De carácter algo dudoso son aquellas trascripciones que nos muestran como diptongos grupos de vocales que, nos dicen las reglas, han de estar en hiato. No cabe la menor duda de que en nuestra habla en general existe la tendencia hacia la diptongación de vocales en hiato; lo dudoso surge a raíz de la incertidumbre de si la realización fonética es la misma en los dos grupos que aquí nos ocupan.

La única manera de indicar esa tendencia diptongante dentro de las limitaciones de la ortografía que tenemos a nuestra disposición, es por medio de la conversión de una de las vocales en semivocal: convertir *e* en *i* y *o* en *u*, pues la ortografía usual no admite signos diacríticos, además de que el lector desconoce su significado. No tiene el escritor más remedio que escribir *pior, tiatro, lioń, pueta, no digü eso*, etc. Lo que sí no sabemos es si en nuestra habla costarricense se dan únicamente [pi̯or]' [pu̯éta], [dí ϒ u̯éso], o si también se oye [pe̯or], [po̯éta], [dí ϒ o̯éso]. La resolución de esta duda tendrá que esperar a que se realicen estudios más exactos y más profundos sobre nuestro uso del idioma. (Aunque por cierto tal resolución en nada afectará el problema literario de la transcripción de variantes fonéticas.)

Ciertas otras simplificaciones, de Rafael a *Rafel*, de Micaela a *Miquela*, de traer a *trer*, de aunque a *unque*, de paciencia a *pacencia*; ciertos intercambios vocálicos, de botella a *butilla*, de boñiga a *buñiga*, de espérese a *aspérese;* ciertas sustituciones en consonantes, de admitir a *almitir*, de ataúd a *ataúl*, de bueno a *gueno*; la aspiración de la *f, jue* por fue, *jusil* por fusil, etc . . . son todas estas formas características casi exclusivas del habla de nuestros campesinos.

Estos aspectos divergentes de la fonología ejemplar de nuestra habla, y muchos más igualmente notorios, han sido explotados por nuestros escritores con mayor o menor éxito, con mayor o menor consistencia, con base únicamente en sus propios conocimientos lingüísticos, su propia experiencia y su propio sentido del habla.

Pero la convención ortográfica más extensamente explotada por nuestros escritores costumbristas costarricenses, comenzando con Aquileo quien la inicia en serio, refleja aspectos fonológicos de nuestra habla en que estamos en completo acuerdo levudos y descalzos, en cuya pronunciación no se da diferencia alguna entre los dos grupos que nos interesan. (Ni en otros grupos costarricenses, dicho sea de paso). Me refiero a aquellos fenómenos de nuestra fonología llamados yeísmo y seseo –los cuales, vale observar aquí con énfasis, *caracterizan el habla de todos los costarricenses*– y, al nivel ortográfico, el problema de la *be* de burro y la *be* de vaca– ¡que allá otros las llamen *be* y *uve* !.[6]

Vale detenernos aquí unos instantes para reflexionar sobre este fenómeno literario que bien merece llamarse extraordinario. ¡Que en nuestra literatura las diferencias entre dos hablas y, quizás más importante, entre dos grupos de nuestra socie-

dad, se reduzcan al nivel de simple truco ortográfico es nada menos que eso: extraordinario! Los aspectos fonológicos de nuestra dialectología brevemente delineados en párrafos anteriores se explotan de manera esporádica, superficial y poco sistemática. En cambio la *y* por *ll*, la *s* por *c* y *z* y, en menor grado (véase más adelante), la *b* por la *v* en la literatura que pretende transcribir el habla popular, son cosa general y notoria—genial e inspirada cuando se toma en cuenta que las varias alternativas gráficas no representan ninguna diferencia fonética correspondiente. Estos usos gráficos, empleados en mayor o menor grado por casi la totalidad de nuestros escritores, comienzan en nuestra literatura de modo sistemático[7], creo, con Aquileo, e influye éste notablemente a Magón en sus *Cuentos*, y a Arturo Agüero Chaves en su *Romancero Tico.*

Y nótese bien la dirección de la sustitución de grafías como elemento literario: rara vez se ve *ll* por *y*, *c* o *z* por *s*, o *v* por *b*. En la realidad no literaria la confusión de signos es bidireccional: tanto se puede ver *ll* por *y*, etc., como lo contrario. El problema ortográfico real estriba precisamente en que a un solo fonema corresponden dos o más grafías, y por tanto no puede decirse con certeza de antemano cuál signo va a aparecer en el escribir del imperfectamente letrado. A la par del mundo ideal literario unidireccional, el mundo real de todos los días nos ofrece: "No se apolle en la puerta" (letrero sobre la puerta de un autobús); "escazos recursos" (de un tema escolar); y un autobús que va a Curridavat . . . seguro para hacer pareja con otro llamado *El Vesubio.*

¿En qué se basa esta convención gráfica literaria tan singular? O para hacer la pregunta de otro modo: ¿cómo dio el genio de Aquileo en tan innovadora y acertada solución a problema tan precario? Es siempre sumamente peligroso tratar de leer el pensamiento de un escritor—¡cuánto más a la distancia de casi tres generaciones! Creo, sin embargo, que nos podemos aproximar a una idea bastante acertada de las intenciones de Aquileo en esta materia.

El español de Costa Rica carece al nivel fonológico, como se ha insinuado anteriormente, de diferencias sistemáticas regionales notorias.[8] Como dialecto del cual han desaparecido ciertas distinciones fonológicas funcionales todavía en el dialecto normativo *en el cual se basa la ortografía del idioma,* se presta nuestra habla a errores de transcripción de ciertos fonemas cuya representación gráfica es ambigua. El genio de Aquileo consiste en gran parte, a mi juicio, del reconocimiento de esta homogeneidad fonológica, junto con su corolario inevitable de que la única manera de indicar en la literatura diferencias entre hablas—más allá de las diferencias de morfología, sintaxis y léxico— tenía que ser por medio de distorsiones ortográficas, las cuales, por esa misma homogeneidad, *no tienen base alguna en diferencias en el habla.* Y esto a su vez implica la conciencia de una realidad sociológica profunda que se manifiesta en el manejo del idioma *escrito*. Aquileo sabe que hay gente que *escribe* bien, y gente que *escribe* . . . no tan bien; que estas diferencias en el manejo del idioma escrito no tienen nada en absoluto que ver con el habla en sí, ni con el manejo de ésta, sino que más bien implican factores económico-históricos que brindan a un grupo oportunidades de instrucción formal en el manejo del idioma escrito y a otro grupo no.

Porque nuestro dialecto americano carece al nivel fonológico de ciertas distinciones que el sistema gráfico, por estar basado en sistema fonológico diferente, mantiene el escribir 'bien' o 'mal' depende en cierto grado del cultivo de la memoria visual. De tal memoria depende sin duda la habilidad de recordar cuál palabra se escribe con *b*, cuál con *v*; si ésta lleva *h* y aquélla no . . . o viceversa etc. En cuanto a la relación fonema: grafía en muchas palabras en nuestro español americano no hay guía confiable otra que esa memoria visual, la cual a su vez es producto casi exclusivo del nivel académico cursado: de ser en efecto, letrado y de mantener viva esa memoria por medio del hábito de leer.[9] Esto implica en nuestra sociedad estado económico más acomodado, pues es notorio que en Costa Rica (al igual, claro está, que en otros países relativamente pobres) logros académicos van en relación directa y estrecha con clase económica. El campesino aún de hoy, por su situación económica, va muy atrás de su compatriota urbano de clase acomodada en cuanto a oportunidades y logros escolares.[10]. ¡Cuánto más el concho de los días de Aquileo!

Me parece inescapable la conclusión de que

Aquileo, como lingüista nato que fue, apreciando la homogeneidad fonológica de nuestra habla, y consciente del nivel de alfabetización de nuestros hombres de campo comparados con los levas, escogió muy deliberadamente la ortografía como único medio eficaz de dar verdadero carácter, su matiz rústico, su gracia, al habla de los conchos de su día. Además se atuvo Aquileo a que sus lectores (entre los cuales habrían de figurar muy pocos conchos, por cierto) reconocieran intuitivamente aquella realidad que para él era concreta; que el campesino no *escribe* el español como mandan las reglas, que tiene un escribir imperfecto y excéntrico. Y nótese bien que la ortografía no convencional que caracteriza al descalzo no se limita a la generalización de *y, s* y *b; toda* grafía que no sea la normal aparece casi exclusivamente en boca campesina, aún cuando se trate de fonetismos que, como ya hemos visto, ocurren igualmente en el habla *allegro* del 'lebudo'. Aquileo superó las limitaciones de nuestro escribir con ingenio, explotando esas mismas limitaciones. Más de tres generaciones de costarricenses somos, junto con Rubén Darío, testigos de su acertada inspiración.

Sus intenciones con respecto a la transcripción del fonema /b/ merecen comentario especial. De los efectos ortográficos del poeta, éste parece ser el que más ha ofendido a sus redactores y comentaristas, el menos comprendido y por eso el menos aceptable. (Aunque estoy convencido de que tampoco se ha comprendido su uso de la *y* y de la *s*.) Léanse las palabras al propósito de Arturo Agüero en su introducción al glosario que acompaña la edición de *Concherías* de la Editorial Costa Rica de 1973; dice que ha

> *"tomado la libertad de corregir* [*¡sic!*] *al autor en su intento de escribir sólo B y nunca V cuando se pone a hablar a los campesinos, ya que la distinción fonética no se realiza entre ambos signos, pues en castellano solamente existe el sonido bilabial transcrito con ambos. Así, pues, no existiendo la diferencia fonética en ningún lugar en donde se habla español, huelga la generalización gráfica procurada por Aquileo. Por eso en vez de* **biba**, *por ejemplo, como escribía el poeta, hemos escrito viva"*[11]

lo que me parece error rotundo de parte de don Arturo. Precisamente *porque no existe diferencia fonética* recurre Aquileo a ese truco ortográfico, que aunque truco crea un notable efecto literario y refleja además una realidad muy notoria en nuestro pueblo: que es el campesino, el *concho* quien más dificultad tiene con esas grafías que *no corresponden en nuestra habla a distinciones fonológicas;* que es el campesino, imperfectamente letrado por razones ya aludidas, quien más tiende a escribir *biba breba, biejas,* etc., (pero quien también-véase más arriba-puede con igual probabilidad escribir *viva, breva, viejas*.)

Asimismo trata don Arturo de generalizar las grafías *y* y *s* hasta ponerlas en bocas en donde, a mi parecer, no caben del todo.[12] En las *Concherías* hablan tres personas que pueden considerarse gente de leva y, como tal, capaces de *escribir* correctamente el español; estos hablan poco –pues no son *conchos*– pero hablan: el teniente de La Serenata; el cura de Boda campestre; y el compadre narrador de La visita del compadre. Es de notar que en las ediciones tempranas y, creo yo, más fidedignas de *Concherías*[13] estos tres hablan, por decirlo así, con buena ortografía. Al generalizar los signos *y* y *s*, y hacer que ellos digan *buya, desvergüensa* y *caye*, en vez de bulla, desvergüenza y calle, me parece un error que más bien traiciona la intención del poeta, y que le roba a su obra un elemento importantísimo: lo único que con acierto distingue al descalzo del levudo, a la clase que confunde su ortografía de la clase que escribe bien. Mi tesis es la de que nunca se ha comprendido bien el porqué de la usanza ortográfica de Aquileo; que era su intención que aquellos tres protagonistas de leva se caracterizasen por la ortografía correcta que corresponde a la clase letrada.

De paso interesa notar que el mismo Arturo Agüero emplea el truco de distinciones netamente ortográficas en imitación, quizás inconsciente, de Aquileo para distinguir entre clases en su poema "La verdulera" del *Romancero Tico*. Al transcribir el habla de la verdulera, muchacha de campo y por consiguiente no letrada, emplea contracciones, *l'oyita, l'esquina, p'oyile*, etc., pero en el habla del señor con quien ella dialoga no emplea ninguna; la verdulerita es yeísta y seseísta: dice *piya, Sabaniva, ofresco*, el señor en cambio es lleísta y ceceísta

(¿zezeísta?) y dice *Sabanilla, olla, ofrezco.* La verdulera dice *usté*, y el señor dice *usted*. El uso de la *y* y de la *s* en el *Romancero Tico* no es muy diferente del de *Concherías*; don Arturo no generaliza el yeísmo y el seseo en bocas donde sabe él muy bien que no caben. El propósito de don Arturo, como el de Aquileo, es literario y no lingüístico; de ser al contrario el señor también tendría que 'decir' *Sabaniya, l'esquina*, etc., pues él es *en su habla* tan yeísta y seseísta como ella.

Se ha creído siempre que Aquileo se valió de los signos *y* y *s* en vez de *ll* y *c* y *z*, respectivamente, para "indicar, como lo dice don Arturo Agüero, con ellos el yeísmo y seseo americanos."[14] Yo no creo que éste sea el caso. Nótese que Aquileo uso la grafía *b* en vez de *v* y que este uso nunca ha sido comprendido por los redactores y comentaristas porque no parecía tener la misma función que las grafías *y* y *s*, es decir, la función de indicar aspectos fonológicos del habla costarricense. O le corrigen la *b* sin comentario –cosa que ocurre en casi todas las ediciones que yo he visto– o la corrigen en la convicción de que, en las palabras de Arturo Agüero ya citadas, "no existiendo la diferencia fonética en ningún lugar en donde se habla español, huelga la generalización gráfica . . . ." Pero en nuestra habla los signos *y* y *ll s* y *c* y *z* carecen de papel fonológico ni más ni menos que la *b* y la *v*.

No tengo la menor duda de que esa generalización de la *b* es parte íntegra de la misma estrategia puramente ortográfica que también generaliza la *y* y la *s*. Y nada tiene que ver esta segunda generalización con el yeísmo y el seseo, es decir con distinciones fonológicas dialectales. De ser así, ¿cómo se explica el uso de *b* en vez de *v* si estos dos signos no distinguen ningún fonetismo en ningún dialecto del español? ¿Porqué no generalizar la *n*, digamos, en vez de la *m*, o emplear alguna otra sustitución igualmente sin sentido aparente? Por la simple razón de que como grafías la *n* y la *m* no se confunden como se confunden la *b* y la *v*, la *y* y la *ll* etc. Al enmendar la grafía *b* los comentaristas en efecto acusan a Aquileo de una arbitrariedad insólita, innecesaria y sin sentido, lo cual no creo probable. La generalización de la *b* en Aquileo, con su valor netamente ortográfico, corresponde a fines puramente literarios; no creo que a Aquileo le interesara la dialectología como tal. Pero también corresponde a esos mismos fines, y *no a fines lingüísticos*, la generalización de la *y* y de la *s*, cuya función en las *Concherías* tampoco se ha comprendido, precisamente, estoy convencido, porque esa función es puramente literaria y, si se quiere, sociológica, y nada tiene que ver con ismos de ninguna clase. No es de ningún modo una "sinrazón de esas grafías que a levas, curas o licenciados Aquileo los tratara ortográficamente bien, mas no a los campesinos".[15] Todo lo contrario, pues de otro modo no se podría destacar al campesino de los "levas, curas o licenciados", pues todos los ticos tenemos, en todas las clases sociales, una sola /b/, una sola /y/ y una sola /s/, pero corresponden dos grafías a cada uno de los dos primeros fonemas, y tres al tercero. Y por razones que creo ya elucidadas, son los "levas, curas [y] licenciados" los que (¡casi siempre!) usan correctamente esas grafías *como grafías*, y son los campesinos los que tienden a confundirlas.

Somos los ticos un pueblo en el cual el apego a la buena ortografía se ha elevado casi al nivel de fetichismo (aunque hay que admitir que en esto no somos únicos). El escribir mal es casi pecado mortal, y al pobre diablo que confunda la *ll* y la *y*, que escriba *v* en vez de *b* etc., se le desprecia como rudo, mal educado . . . como, en fin, *concho*. En Aquileo esta actitud despectiva está del todo ausente. Con su distinción ortográfica confiere Aquileo sobre el concho distinción verdadera; lo pone en relieve lo destaca. Y siempre con cariño y con hondo aprecio –con amor– pues el *concho* es el único e indudable héroe de las *Concherías*.

Aquileo afrontó un difícil problema literario –el de indicar diferencias declase por medio de diferencias de habla donde éstas no existen, o donde se ignora el carácter preciso de las pocas que hay– y lo resolvió de manera innovadora, inesperada y genial, y con completo éxito. Consciente de nuestro afán por el buen escribir, explotó éste y se sobrepuso a las limitaciones de la ortografía usual del español; más bien la empleó a su ventaja de modo creador, basándose en su sentido de lenguaje, en su conocimiento a fondo del campesino de su era, y en su comprensión intuitiva de nuestra realidad social.

Epílogo

Por regla general es difícil adivinar la intención ortográfica original de Aquileo, por las enmiendas –o simples descuidos– de redactores y comentaristas quienes han mostrado singular falta de imaginación o reflexión en cuanto a ella. Aquileo, vale recordar, era antes que nada poeta, creador de literatura; poco le preocupaba que a veces escribiera *ll* y a veces *y*, una vez *v* y otra *b*; que la sustitución de una grafía por otra que transcribe el mismo sonido no fuera regular e invariable debe haberlo dejado completamente sin cuidado. Al contrario, es posible que esa falta de consistencia fuese deliberada; en ella yo encuentro un cierto equilibrio visual estético. Aburriría sobremanera la falta de una *ll* de vez en cuando entre tanta *y*, una *c* o una *z* que otra en vez de siempre s.

Sin embargo sigue medio mundo arrogándose el privilegio de reinterpretar la ortografía de Aquileo, y ese afán nuestro de enmendar, de 'mejorar' ante la ofensa que nos ofrece la mala grafía ha dado lugar a anomalías raras y hasta ridículas. Así, por ejemplo, en la edición de *Concherías* que en 1948 publicara el Gobierno de Guatemala, con prólogo de la costarricense Georgina Ibarra Bejarano, dicho prólogo conserva en sus citas la ortografía original de Aquileo, pero el texto la enmienda. Leemos en el prólogo, *se jue pa la milpiya*, pero en el texto, *se jue pa la milpilla*; prólogo, *Traiga pa bela*, texto, *Traiga pa vela;* prólogo, *el lunes bajó a la Biya a llebar un poco'e leña*, texto, *el lunes bajó a la Villa a llevar un pocue leña.* Y en la edición de 1973 de la Editorial Costa Rica estas líneas (de Visita de pésame) aparecen así: *el lũnes bajó a la Viya/a yebar un pocu'e leña*, mientras que en la edición de 1977 de la misma editorial (sobre esta edición véase más adelante) aparecen de esta manera *el lunes bajó a la Villa/ a llevar un pocu'e leña.*

Pero sin duda el crimen literario más grave porque premeditado, cometido en el *corpus* de *Concherías* lo perpetró esta misma casa editora en esa nueva edición de 1977. Con audacia insólita e imperdonable, y con singular falta de sentido lingüístico o literario, se le 'corrige' a rajatabla la ortografía al pobre Aquileo, indefenso ya contra tales disparates literarios, para escribir "las palabras de acuerdo con la ortografía castellana", pues nos asegura anónimamente la editorial que "este libro va principalmente a escuelas y colegios", y el texto original de *Concherías* constituye "un rompecabezas cacográfico y deformador en las aulas escolares y entre lectores sin solidez ortográfica". ¡Pobres venideras generaciones de ticos que conocerán únicamente a un Aquileo aseado y emperifollado, un Aquileo de leva y corbatín, sólo por satisfacer pretensiones castizas! ¡A raíz de ese necio y ciego afán por el buen escribir, que no pasa en realidad a mayor profundidad de la ortografía correcta, se les negará a nuestros hijos y nietos al auténtico Aquileo!

Despojar así a Aquileo de su lucido traje ortográfico es nada menos que quitar lo concho de las *Concherías*, robarles el vigor, la sutileza, y gran parte del humor que han hecho de ellas indudable obra clásica de nuestra literatura. Las *Concherías* con 'buena' ortografía ya no son las *Concherías* de Aquileo, sino que pasan a ser obra anónima, pálida, y sin la estampa certera y genial de nuestro "poeta nacional" como lo llamara Darío.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1 Arroyo, Víctor Manuel: *El habla popular en la literatura costarricense,* Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1971, p.13. Quizá el comentario más extenso y más ácido–así como el más interesante y hasta más divertido–sobre estas limitaciones lo hizo George Bernard Shaw en el prólogo a su obra teatral *Major Barbara.* Shaw fue más que lingüista nato; conoció a fondo la fonética de su tiempo y fue allegado y gran propagandista de su contemporáneo, el fonetista Henry Sweet. (Véase también de Shaw su obra *Pygmalion*, cuyo protagonista, el profesor Henry Higgins, se dice fue basado en la persona de Sweet.) Shaw discute, claro está, las limitaciones de la ortografía del inglés para indicar variaciones del habla 'standard', y muy en particular para rendir con alguna fidelidad el dialecto 'cockney'

de uno de sus protagonistas. No carece su discusión de carácter polémico, pues como es bien sabido, Shaw fue siempre enemigo y crítico implacable del sistema gráfico del inglés y gran partidario de su reforma radical; testó una suma considerable hacia este fin. No obstante, se trata de una crítica profunda y razonada y bien merece estudio minucioso.

2 Prefiero estos rodeos a los vocablos *educación, educados,* pues tienen estos conotaciones entre nosotros que nada tienen que ver con lo que pasa en nuestras escuelas y colegios.

3 Al menos así, sin duda alguna, el campesino de los tiempos de Aquileo y el de los de hace, digamos, dos generaciones. Con la casi universalidad contemporánea de la radio y de la televisión, ¿quién sabe cómo andarán las cosas hoy día?

4 Las observaciones que siguen a continuación no pretenden de ningún modo a calidad de sistemáticas ni exhaustivas, ni mucho menos de pronunciamientos *ex cathedra*. Se basan ellas principalmente en la experiencia y los estudios (nada profundos) en la materia del que escribe y nada más. Ojalá su carácter más o menos superficial, así como los errores aquí inevitables, impulsen al estudio serio, profundo y extendido de nuestra dialectología.

5 González Zeledón, Manuel: *Cuentos de Magón*, Antonio Lehmann, San José, Costa Rica, 1968. José María Arce, ed. Taquilla, pulpería y tercena, p 58. Nótese la variación, en la transcripción del propio autor, entre *'e* y *e*, como realización fonética de *-a de*.

6 Es curioso que aquel otro problema puramente ortográfico, que pone en verderas ascuas al escolar— "¿Con *hache* o sin *hache* niña? "— no haya sido casi explotado por nuestros escritores costumbristas. En la vida del imperfectamente letrado constituye éste un problema ortográfico tan agudo como el que presentan el yeísmo, el seseo, y las dos *bes*.

7 Tan sistemático como convenga a efectos literarios; hay que recordar que para el escritor las consideraciones de la lingüística científica son de interés secundario a consideraciones literarias —cuando no carecen totalmente de interés.

8 Que el guanacasteco aspire la sibilante sorda /s/ en ciertos entornos es hecho fonético y no afecta el sistema fonológico de nuestra habla. En efecto, el habla costarricense es bastante homogéneo en sus rasgos fonológicos-al menos así hemos de presumir hasta aquel día en que se hagan estudios más extensos y más detallados.

9 Esto no implica que todo letrado estime y cultive la en el mismo grado — ¡ni mucho menos! Pero huelga observar que ella no puede cultivarse sin la previa adquisición de la base sólida de las letras.

10 Dejamos fuera de nuestros cálculos la clase urbana *no* acomodada por la simple razón de que de ella sabemos casi nada fuera de que existe.

11 Pero se le escaparon unas cuantas. Todavía en esa edición de 1973 el compadre de *La visita del compadre* dice, "Bea, pa que bea/qu'es que entienden por la mala . . ." Y en el *Romancero Tico* del propio don Arturo leemos (en Aurora): "Es braba? " . . . "En veses." (Agüero Chaves, Arturo: *Romancero Tico*, Editorial Aurora Social Ltda., San José, Costa Rica, 1953, p 143.) En los *Cuentos* de Magón, después de una lectura nada cuidadosa, encuentro sólo que Ña Chepa, en *La consigna* , dice que está "muy rendida di'andar p'arriba y p'abajo vendiendo güebos . . ."

12 Dice al propósito, en la nota que acompaña el glosario de la edición de 1973 de *Concherías* de la Editorial Costa Rica,
"Las palabras de este glosario, en lo posible, aparecen con una grafía que trascribe la fonética costarricense, como la generalización de los signos S y Y para indicar el seseo y el yeísmo, fenómeno fonético de toda la América hispana y de parte de la misma España: *cabesa* por cabeza, *hombresiyo* por hombrecillo, etc. Tal fue la intención del poeta, pero debido posiblemente a su gravedad cuando corregía las pruebas de su libro en un sanatorio de Barcelona, no logró por completo su propósito, y así nosotros lo hemos logrado en esta edición." Una nota al mismo efecto ya había aparecido en ediciones previas de *Concherías* editadas por don Arturo.

13 En cuestión de grafía las ediciones de *Concherías* presentan grandes problemas. Aquileo se las ha tenido que ver con redactores empeñados, pero con la mejor intención del mundo, en 'mejorar' su ortografía adivinando sus intenciones en esa dirección, o a 'corregirla' por una razón u otra. Sobre este punto véase el epílogo.

14 En el prólogo a las *Concherías* publicadas por Librería Lehmann; véase la *Bibliografía*, No. iii.

15 *Concherías,* Editorial Costa Rica, San José, Costa Rica, 1977. Nota editorial, p 8.

BIBLIOGRAFIA

Se han consultado las siguientes ediciones de Concherías:

I Edición de la Imprenta Nacional, San Jose, fecha ilegible. Fotocopia en la Biblioteca de la Universidad de Costa Rica. Contiene prólogos 'Al que leyere' de A. Zambrana y 'Cualquier cosa' del General don Rafael Villegas. Introducción a las *Concherías* de Roberto Brenes Mesén.

II Edición del Gobierno de Guatemala, Guatemala, 1948; colección 'Los Clásicos del Istmo' con prólogo de la Lcda. Georgina Ibarra Bejarano.

III Edición de Librería Lehmann, San José, sin fecha. Contiene foto de Aquileo y fotocopia del diploma que en 29 abril de 1953 le otorgara la Asamblea Legislativa de Costa Rica. Reproduce, de ediciones anteriores, prólogos de A. Zambrana y Rubén Darío.

Contiene prólogo de Arturo Agüero Chaves y notas de Carlos Gagini y Roberto Brenes Mesén.

IV Edición de Trejos Hermanos, San José, 1953. Contiene copia de un retrato de Aquileo y nota preliminar de Arturo Agüero Chaves. Reproduce los prólogos de A. Zambrana y Rubén Darío.

V Edición de Editorial Costa Rica, San José, 1973. Prefacio de Joaquín Gutiérrez, y reproducción del prólogo de Darío. Contiene un Glosario con nota introductoria de Arturo Agüero Chaves.

VI Edición de Editorial Costa Rica, San José, 1977. Contiene nota editorial y el prefacio de Joaquín Gutiérrez de la edición anterior; reproduce el prólogo de Darío. Hay un glosario un poco diferente al de la edición de 1973.

Agüero Chaves, Arturo: *Romancero lico*, Editorial Trejos Hermanos, San José, Costa Rica, 1940.
2da edición, Editorial Aurora Social, Ltda., San José, Costa Rica, 1953.

Arroyo, Víctor Manuel: *El habla popular en la literatura costarricense*, Publicaciones de la Uuiversidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1971.

González Zeledón, Manuel: *Cuentos de Magón*, José María Arce, ed., Antonio Lehmann, San José, Costa Rica. 1958.

Se ha consultado además, en la preparación del presente estudio, una selección bastante amplia de obras de autores costarricenses, entre los cuales figuran prominentemente Pío Luis Acuña, Fabián Dobles, Luis Dobles Segreda, Carlos Luis Fallas, Ricardo Fernández Guardia, Joaquín García Monge, Joaquín Gutiérrez, Carmen Lyra, Joaquín Vargas Coto v otros.